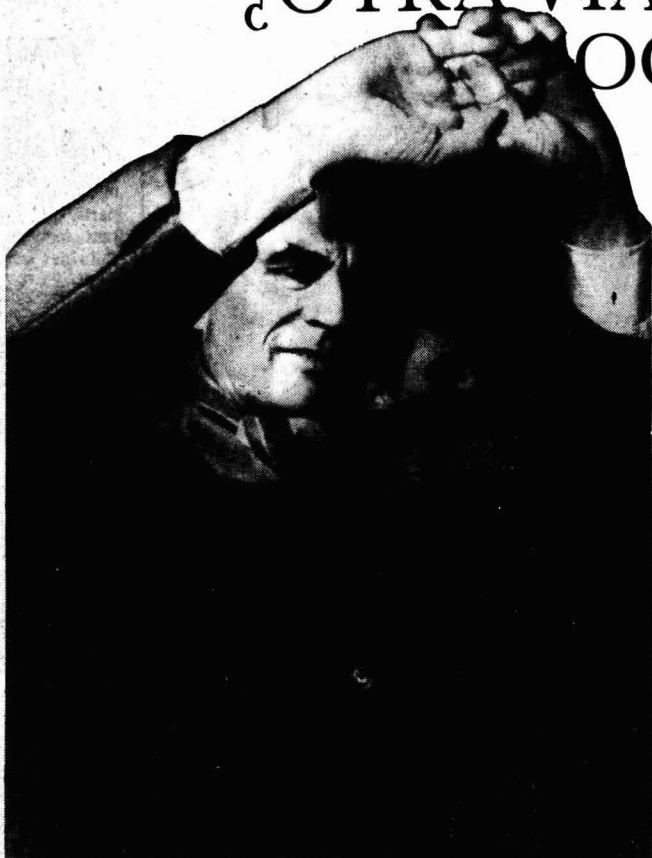


Horacio Crespo

LA FRANCIA DE MITTERRAND ¿OTRA VIA PARA LOS OCHENTAS?



François Mitterrand

París era una fiesta la noche del 10 de mayo. El casi mítico porcentaje del 50% esta vez se había superado y Francia tenía un presidente electo socialista. El jueves 21, François Mitterrand recibía de manos de Giscard d'Estaing la clave atómica y el Gran Collar de la Legión de Honor en el Eliseo y cumplía con el ritualizado homenaje al soldado desconocido bajo el Arco del Triunfo. Ya presidente, realizaba una solitaria peregrinación al Panteón, ese "templo de izquierda" en el que reposan los ilustres de la República, y rendía una rosa a las tumbas de Jean Jaures y Jean Moulin. Con ese gesto formalizaba una síntesis que, entrañablemente enraizada en la historia de la Francia de este siglo, como en los más brillantes momentos de su pasado traspasa sus fronteras y dibuja un proyecto que cuenta con la fuerza de su realismo y con el aliento de la utopía: un socialismo asentado en la democracia y construido sobre las auténticas fuerzas y tradiciones de la nacionalidad. Con el homenaje con alcances de símbolo a los dos caídos —uno por la paz y la democracia, el otro por la justicia y la nación—, el nuevo presidente elegía un discurso que recusa tanto a la gris realidad totalitaria de los "socialismos reales" como al cinismo que se quiere lúcido de los paradójicamente "nuevos" conservadores, y se instalaba en la difícil vía de realizar en la práctica de estos arduos ochentas lo que algunos "nuevos filósofos" o escépticos reaccionarios quieren confinar en el desván de los imposibles o en el bazar de los maquiavelismos: la compleja, casi inédita, y a veces por cierto desesperantemente lejana, comunión entre socialismo, libertad y nación.

Historia de una estrategia

El triunfo del socialismo francés, en el que —partidarios o adversarios— pocos creían, fue el resultado, por encima de cualquier otro factor de significación, del tesón y rigor político del hombre que a partir de ahora gravitará decididamente no solamente sobre el rumbo de su país sino también sobre la marcha de los problemas mundiales. Cercano a los sesenta y cinco años —nació el 26 de octubre de 1916—, François Maurice Mitterrand se distingue fundamentalmente por un rasgo, la tenacidad: "personaje desconcertante, que sabe lo que quiere, no deja jamás de luchar por conseguirlo, y cuando lo logra considera que el camino todavía es largo y que falta demostrar merecer lo obtenido", como lo caracterizaron en el momento de su triunfo.¹ Inició su vida política participando activamente en la lucha contra la ocupación nazi y el régimen de Vichy como militante de la Unión Democrática y Socialista de la Resistencia (USDR). Pasada la guerra, Mitterrand elige un discurso moderado y con él es llevado a la Asamblea Nacional en 1946, como representante de Nievre, comenzando así una carrera muy activa, aunque no de primer plano, en el bizantino mundo de la política parlamentaria y ministerial de la IV República. Manteniendo su escaño legislativo durante todos esos años —fue reelecto ininterrumpidamente hasta su acceso a la presidencia— integró con la responsabilidad de distintas carteras varios gabinetes: el demócrata cristiano popular de Robert Schuman, los socialistas de Paul Ramadier y Guy Mollet, el de su antiguo rival en la UDSR, René Pleven, los radicales de distintas tendencias de Henri Queuille, André Marie, Edgard Faure, Pierre Mendès France. Fue ministro del interior de este último en el momento del estallido de la guerra de Argelia y su relación con el gran político de la IV República fue más allá de la identificación siempre relativa que podría existir en esa época entre un ministro y su jefe de gabinete. La idea de Mendès France de convertir al Partido Radical en núcleo de una alianza amplia de la izquierda no comunista influyó, sin duda, en los planteamientos futuros de la estrategia de su colaborador.

1958 fue un año crucial para Francia. La reaparición de de Gaulle, el hundimiento de la IV y la fundación plesbicitada de la V República llevaron a Mitterrand a denunciar tajantemente la situación creada a través de los nuevos mecanismos institucionales tales como el plesbicio, el presidencialismo y la legislación electoral que consagraba la mayoría absoluta como norma de legitimidad, como tendientes a polarizar todo el espectro político francés y a cristalizar la permanencia de la derecha en el poder. El gaullismo institucio-

¹Jean Daniel en *Le Nouvel Observateur* 862, 18-24/Mai/1981.

nalizaba, según él, “un golpe de estado permanente”, aplicando una herida mortal a la democracia en la medida en que, instrumentando el miedo al comunismo, eliminaba toda posibilidad de rotación de políticas en el poder. De allí que levante la consigna de “reencontrar la dignidad republicana” y comience a elaborar una estrategia definida en la búsqueda de la unidad de la izquierda que permita recuperar la posibilidad de alteración, congelada a partir de 1958, como constituyente esencial de una vida política democrática.²

Ciertamente la izquierda francesa presentaba en la primera década gaullista un panorama que favorecía claramente la especulación del oficialismo de la V República. El Partido Comunista Francés, cuantitativamente poderoso, firmemente enraizado en la clase obrera y en las organizaciones sindicales, férreamente organizado y disciplinado, no tenía competencia en una izquierda que aceptaba resignadamente esta realidad dominante hasta en su denominación: “izquierda no comunista”. Será precisamente esta situación lo que “representa —dice Mitterrand— la seguridad estable de disfrute del poder para los conservadores”. El peso dominante del PCF frente a una izquierda dividida e impotente facilita el chantaje político gaullista, que presenta toda alternativa a su política como una entrega de Francia al comunismo. Frente a esta situación Mitterrand elabora una estrategia que tiene su centro en la necesidad de reequilibrar a la izquierda como única posibilidad de construir una real alternativa de poder. El primer momento de su proyecto pasa por la construcción de una nueva formación política, “flexible y moderna”, capaz en una primera instancia de balancear el peso del PCF, luego alcanzar la supremacía sobre él, para finalmente —en un tercer momento— encontrar en sí misma “una vocación mayoritaria”. La historia de los últimos veinte años de este político es la de la realización paciente y sostenida de esta estrategia, combinando una inflexibilidad absoluta en los objetivos con una disponibilidad táctica rayana en el oportunismo.

Mitterrand tuvo competidores. La situación emergida del golpe argelino de 1958 y su posterior institucionalización fue enfrentada por la izquierda democrática francesa a través de cuatro proyectos: el de Guy Mollet y la vieja SFIO (Sección Francesa de la Internacional Obrera), montado sobre una alianza puramente electoral e instrumental con los comunistas; el de Gastón Defferre, que desde el ala derecha socialista pretendía la creación de una fuerza electoral de izquierda marginando al PCF; el de Michel Rocard de fortalecer una nueva izquierda distante tanto del PCF como de las viejas formaciones socialistas y radicales nucleándola en el Partido Socialista Unificado: el de Mitterrand que ya describimos. Para éste, de todos el principal escollo a vencer era la tozuda oposición de Guy Mollet atrincherado en su reducto socialdemócrata, pero el desarrollo de la política en la segunda década de los sesentas abrió paso a la opción mitterrandista.

En 1965 Mitterrand participa como candidato a la presidencia por la Federación de Izquierda Democrática y Socialista (FGDS) contando con el apoyo de Mendès France y obtiene 7,694.003 votos, el 31.72% de los emitidos, y con este resultado somete a de Gaulle a la humillación del *ballotage*. En el segundo turno logra 10.619.735 votos, con los sufragios comunistas, un sorprendente 44.8%, con lo que se convierte



Giscard d'Estaing

en el jefe de la oposición de la V República, y gracias a la relación privilegiada con Mendès France se sitúa como el político con mayores posibilidades de ser el eje de unidad entre los multiformes radicales y la SFIO. La FGDS no resiste el movimiento reflejo del electorado francés hacia el conservadorismo después de mayo de 1968, y Mitterrand sabe marginarse muy oportunamente en 1969, cuando la intempestiva retirada del general abrió nuevamente la carrera a la presidencia. Bajo el espectro de la eclosión popular del año anterior tanto Mendès France como Defferre fracasan rotundamente, a tal punto que es el centro derechista Poher el que se enfrenta al “delfín” Georges Pompidou en la segunda vuelta. El paso atrás dado por Mitterrand en el momento de mayor reflujo de las fuerzas de izquierda en los últimos veinte años aquilata el fino olfato y la astucia política de quien sus enemigos, y aún algunos de sus amigos, no cesan de acusar de oportunismo. La preservación de su imagen gracias a este “paso al costado”, y del capital político logrado en 1965, el desgaste de sus competidores (incluido Rocard, que perdió la oportunidad de liderar la “nueva izquierda” en mayo de 1968), y el derrumbe de la SFIO y Mollet en el desastroso congreso de Alfortville efectuado también en 1969, abren definitivamente el camino a su proyecto.

Con la Convención de Instituciones Republicanas capea el reflujo de 1969 y 1970 y completa el proceso ideológico-político que lo llevó del radicalismo del ministro de la IV República al socialismo del primer secretario del nuevo Partido Socialista. Efectivamente, en 1971, en el Congreso de

²Un análisis muy útil de la historia política de Mitterrand es: Colombani Jean-Marie, “Restituer le socialisme à la France à défaut de rendre la France au socialisme”, *Le Monde. Sélection Hebdomadaire* 1671, 6-12/Novembre/1980.

Epinay-sur-Seine, se funda esta agrupación con el concurso de los restos de la SFIO, el Partido Socialista Unificado de Rocard, algunos radicales, el mitterrandismo. Un paso sólido estaba dado. De inmediato el nuevo jefe socialista resiste con firmeza las presiones de formar un gran agrupamiento con las fuerzas de centro-izquierda: "es necesario —plantea en ese momento— anclarse resueltamente en la izquierda; ir hacia el centro significa abandonar todo este espacio a los comunistas". Y de hecho, liquidar la concepción central de su proyecto político, el reequilibrio de la izquierda en función del crecimiento de una fuerza alternativa del PCF en su seno. El esquema es sencillo, como todas las grandes concepciones políticas: la unidad de la izquierda reforzará su crecimiento, y todo crecimiento de la izquierda redundará en fortalecimiento del Partido Socialista; logrado esto esa misma izquierda será opción de poder. Así, no vacila en dar el paso trascendental de 1972, al firmar un programa común de gobierno con los comunistas al que luego se sumaron los radicales de izquierda de Robert Fabre. El programa común significaba la superación orgánica incluso del Frente Popular de 1936, y cuajaba de esa forma la alternativa de poder capaz de reunir la fuerza suficiente como para sustituir a los herederos de de Gaulle en el gobierno.

La muerte imprevista de Pompidou en 1974 precipitó la prueba. El candidato del gaullismo "histórico", Chaban Delmas, quedó en el primer turno y el *ballotage* se decidió por menos de medio millón de votos. Mitterrand, con más del 49% de los sufragios expresados frente a Valéry Giscard d'Estaing, afirmó la corrección de su estrategia de poder, que las elecciones parciales y cantonales de 1976 y las municipales de 1977 confirmaron plenamente. Parecía que, efectivamente, con las legislativas de 1978 el acceso al gobierno de la izquierda unida, la del programa común, sería un hecho consumado.

Las "relaciones peligrosas" I: PCF-PS

Paradójicamente, fue el desarrollo cabal de las previsiones de Mitterrand lo que sometió a más dura prueba las posibilidades de éxito de su proyecto. Al lograr efectivamente un fuerte crecimiento del PS y comenzar a cuestionar la hegemonía del PCF sobre el conjunto de la izquierda francesa, las relaciones unitarias fueron puestas en suspenso y suplantadas por una fuerte competencia que, en muchas ocasiones, apenas vela una franca hostilidad. Pero para comprender mejor lo ocurrido en 1978, la elección presidencial de 1981 y, por supuesto, el difícil período que se ha abierto con ella, es necesario abordar con mayor detenimiento las relaciones PS-PCF, un tejido político con implicaciones de extrema sutileza y con connotaciones que muchos sospechan que exceden los límites estrictos de la política francesa.

En primer lugar se puso al descubierto la naturaleza radicalmente distinta de ambas formaciones. Frente al cerrado monolitismo organizativo del PCF, herencia modificada pero no completamente desechada del pasado estalinista, el PS permite la disidencia, el libre debate interno, las tendencias organizadas y la representación orgánica de las minorías como tales en la dirección nacional. En segundo lugar, responden a tradiciones

diametralmente opuestas. Mientras el PS recogió la de las fuerzas de izquierda democrática, progresistas y laicas, el PCF se reconoce en la línea de la III Internacional, con ese tormentoso, terrible pero a la vez fascinante pasado, que en cierta medida lo hace su prisionero.

A diferencia de su poderoso "hermano", el Partido Comunista Italiano, el comunismo francés encaró de manera menos resuelta el proceso de "desestalinización" propuesto por el XX Congreso del PCUS en 1956. Maurice Thorez, aunque formalmente cumplió con el ritual kruscheviano, no alteró en absoluto la fisonomía, la estructura ni la esencia de la organización que, por ejemplo, en 1952 había ignominiosamente e injustamente expulsado a dos de sus máximas glorias, Marty y Tillon, en realidad por no ser incondicionales de su línea y su dirección. En 1964, su sucesor, Waldeck Rochet, logró plenos poderes para la transformación demorada por Thorez, y el primer paso importante en el desmantelamiento del sectarismo doctrinario fue el apoyo brindado a la candidatura presidencial de Mitterrand en 1965. Pese a las ambigüedades frente a las movilizaciones de mayo de 1968, el PCF da un paso decisivo condenando la invasión soviética a Checoslovaquia y lanzando el manifiesto de Champigny, "Por una democracia avanzada, por una Francia socialista", que condensó toda la nueva actitud del PCF respecto a las nuevas perspectivas de unidad con el resto de la izquierda.

La enfermedad de Waldeck Rochet y el acceso a la secretaría general de Georges Marchais no significó una alteración de este proceso renovador, pero le dio un ritmo mucho más lento y dubitativo. Sin embargo, la estrategia unitaria de Mitterrand empalmó con la actitud positiva de la segunda mitad de los sesentas y, como ya vimos, en el verano de 1972 se concretó el programa común de gobierno y una estrategia electoral unitaria. No obstante, sería ingenuo considerar la firma del acuerdo como la conjunción estratégica de dos fuerzas hacia un mismo objetivo. Mitterrand fue muy claro y explícito respecto a ello. El 29 de junio de 1972, dos días después de la signatura del pacto, señalaba en el Congreso de la Internacional Socialista reunido en Viena: "Nuestro objetivo fundamental es rehacer un gran partido socialista sobre el terreno ocupado por el Partido Comunista Francés, haciendo la demostración de que sobre los cinco millones de electores comunistas, tres pueden votar socialista".³ Exactamente el mismo día, en un discurso reservado pronunciado ante el Comité Central del PCF, Georges Marchais expresaba con total claridad el carácter instrumental, estrecho que, a sus ojos, tenía el acuerdo con los socialistas: "Nosotros consideramos el programa común como un paso adelante que permite crear las condiciones más favorables

para poner a las masas en movimiento por nuestras ideas, nuestras soluciones, nuestros objetivos".⁴ De ambas intervenciones se desprende claramente que el camino de la unidad de la izquierda era considerado, tanto por socialistas como por comunistas, como la vía que posibilitaría su propio mayor desarrollo y hegemonía.

Hasta el nacimiento del nuevo



³ *Le Monde*, 30/Juin/1972.

⁴ El discurso de Marchais sólo se hizo público en 1975. *Le Monde*, 9/Juillet/1975.



PS, el PCF había sido la primera fuerza electoral de la izquierda. El 1 de noviembre de 1946, con toda la gloria de la Resistencia, era “el partido de los cien mil fusilados”, y beneficiado por la radicalización provocada por los problemas de la inmediata posguerra, el PCF obtuvo su votación récord, el 28.2% de los sufragios. En 1956 los comunistas obtuvieron el 25.9%, en 1958 —en el marco del reflujo ocasionado por el resurgimiento gaullista— el 19.2% (resultado que el historiador comunista Jean Ellenstein consideró en 1978 desastroso. ¡Marchais logró en 1981 solamente el 15.4%!), en 1968 el 20.0%, en 1973 el 21.2%. Cuando firmaron el programa común los comunistas habían estabilizado su influencia sobre una holgada quinta parte del electorado. En contraste con este comportamiento electoral estable y relativamente satisfactorio, el socialismo había logrado el 15.4% en 1958, el 12.5% en 1962, el 18.9% en 1967 y el 16.5% en 1968. Pero de acuerdo a las previsiones de Mitterrand, el PS, al calor del crecimiento de la izquierda, comenzó a incrementar notablemente su caudal de votos, en forma cada vez más evidente en las elecciones parciales y cantonales de 1976 y muy especialmente en las municipales de 1977, en las que prácticamente emparejó fuerzas con el PCF.

Las elecciones legislativas programadas para comienzos de 1978 estaban previstas como las de mayores posibilidades de acceso de la izquier-

da a la mayoría parlamentaria, y a partir de ella a la formación de un gobierno que aplicara el programa común. Con este fin, un año antes se entablaron negociaciones entre los tres signatarios con el fin de actualizarlo. Lo que se había previsto como una actividad simple, casi rutinaria, fue convertida por el PCF en una feroz batalla: acusaciones contra la “derechización” del PS y su primer secretario, ataques contra supuestas intenciones de no cumplimiento del programa común por parte de un futuro gobierno dominado por los socialistas, junto con una radicalización extrema de las proposiciones de actualización en materia de impuestos, amplitud de las nacionalizaciones, montos de salarios y prestaciones sociales, con la finalidad de poner en evidencia la “timidez” y el “derechismo” de sus socios y mostrar la voluntad del PCF de ser el único real abanderado de los humildes y de los obreros, fueron las armas esgrimidas por Marchais, Fiterman y los otros negociadores comunistas. Finalmente rompieron unilateralmente las negociaciones y, de hecho, dejaron absolutamente malparada la imagen de la “izquierda unida”, el 23 de septiembre de 1977.

Múltiples interpretaciones se tejieron en torno a esta actitud del PCF respecto de sus aliados, y fundamentalmente respecto al PS y François Mitterrand. Pero algunos de los elementos más importantes que figuraron en ellas fueron los siguientes: primero, la comprensión por parte de la dirección comunista de que el ascenso de la izquierda redundaba en un crecimiento del PS y en una baja de la importancia relativa del PCF; segundo, la necesidad de frenar el proceso de pérdida de hegemonía del PCF “perfilándolo” desde la izquierda y poniendo como objetivo el lograr el 25% de los votos, para así seguir siendo la primera fuerza electoral de la izquierda; tercero, —quizá lo más importante— el PCF no sintió garantizada su participación real en el poder en caso de triunfar la izquierda, sensación acentuada cada vez más por la necesidad estratégica de Mitterrand de demostrar su no dependencia de los comunistas. Algunos agregan la ingerencia soviética, que nunca vio con buenos ojos a Mitterrand, demasiado “atlantista” —al menos más que Giscard— y preocupada por el efecto político de una experiencia nueva de “socialismo en libertad”.

Lo cierto es que que la actitud increíblemente sectaria de Marchais dio como resultado un fracaso de la izquierda en las elecciones de 1978, pero también una novedad en la correlación de fuerzas electorales en el seno de la izquierda: por primera vez desde 1945 los votos socialistas superaban a los comunistas. Lo que tan ostensiblemente había querido evitar Marchais se produjo, con el agravante de que el PCF, con 20.9% (los socialistas alcanzan casi el 23%), retrocede en algunos sectores claves de los tradicionales reductos “rojos” de la *banlieue* de la región parisina. El secretario general, que afronta inmediatamente una crisis en su propio partido, elige las viejas vías de Thorez: endurece el control interno, insiste en las críticas al PS y a Mitterrand, y lo que es más grave aún, liquida casi todos los visos de “eurocomunismo” y de crítica y reserva frente a la Unión Soviética: en 1979 aprueba la invasión rusa a Afganistán y en 1980 cuestiona severamente el proceso renovador de los obreros polacos.



François Marchais

El programa común y la perspectiva socialista

El programa común de gobierno firmado el 27 de junio de 1972 —y cuya revisión fue causa de la crisis entre los dos partidos más importantes de la izquierda en 1977— constituye, pese al tiempo transcurrido y a los avatares políticos y económicos acontecidos en ese lapso, un documento fundamental para comprender la unidad de la izquierda y el proceso de conversión de ésta en una opción real de poder. Constituyó un elemento clave en el crecimiento electoral, pero más allá de este aspecto, fue el instrumento que demostró la madurez y aptitud de la izquierda para hacerse cargo del poder y el catalizador que permitió a amplias masas visualizar la posibilidad del ejercicio de “otra política”, como la llamó recientemente Mitterrand, distinta de la ejercida continuadamente por la mayoría en los últimos veinte años, por sobre los matices de gestión y estilo propios de un de Gaulle, un Pompidou o un Valéry Giscard d'Estaing.

No obstante su significación histórica y su vigencia para el entendimiento de la prospectiva general del proyecto gubernamental que ahora inicia su efectivización, el programa común presenta algunos problemas en su elaboración que seguramente estarán en el corazón mismo de las dificultades más importantes que deberá afrontar la nueva administración socialista. En primer lugar, el fundamento mismo de su concepción y perspectiva, basada en una ilusión que en 1972 compartían todos, tanto el gobierno, como los empresarios y la izquierda. Se participaba de la creencia, generada por la prolongada euforia económica de la posguerra, de que se mantendrían por un amplio período los crecimientos económicos a elevadas tasas anuales. Pero precisamente era entonces —ahora lo comprendemos mejor— cuando esa época tocaba a su fin, preanunciado éste por la crisis monetaria de los inicios de los setentas y precipitado definitivamente por el ascenso radical del costo energético a partir de 1973. La recesión de 1974, más que una caída regular momentánea, anunciaría para el conjunto del mundo industrializado la apertura de un ciclo de estancamiento o debilidad extrema del crecimiento, junto con la persistencia del erosionante fenómeno de la inflación, la “estancflación”, moneda corriente hoy del análisis del comportamiento económico.

Peró en 1972 esto era todavía terreno desconocido. Si el VI Plan (1971-75) proponía una tasa anual de crecimiento del 6%, el patronato francés proyectaba el 8% y la izquierda fundaba su perspectiva en un ritmo anual de crecimiento de la economía en su conjunto superior al 10%. Este *boom* económico era concebido como el instrumento de financiamiento de “la política social más audaz que nuestro país haya conocido jamás”, según el texto del programa, política pensada no solamente en función de una mejor distribución de la riqueza sino, básicamente, de un aumento vertiginoso de la producción a distribuir.

La crisis de 1973-74 y el sismo económico ocasionado por el alza brutal del precio del petróleo significó para todos, izquierda incluída, una reelaboración centrada en una moderación muy marcada respecto al prospecto del comportamiento de la economía. Un crecimiento fuerte entrañaba importaciones más fuertes todavía, especialmente crudo, y en el marco de una concurrencia internacional cada vez más despiadada esto implicaría un desastroso desequilibrio de la balanza externa. El aumento de la inflación que podría generarse en una economía con fuertes incentivos al consumo interno, amenazaría con desequilibrar la extremadamente frágil estructura monetaria sostenida en tasas de cambio flo-

tantes y podría entrañar una desestabilización económica general. Definitivamente, el debate de actualización del programa común tuvo que estar presidido por el cambio de óptica que significó asumir que una tasa anual de crecimiento superior al 3.5% o a lo sumo el 4% llevaría a un ritmo de aumento de las importaciones de un nivel insoportable para una economía como la de Francia. Aún así la apuesta era considerable, en la medida en que en ese momento Giscard planteaba la necesidad de “tener el valor” de aceptar un crecimiento prácticamente nulo.

Además de esta cuestión crucial, importante en sí pero también de enormes consecuencias en el plano social y en las expectativas políticas, el contencioso del programa común presentaba en 1977 tres puntos de significación más una serie de cuestiones menores que, al haber quedado la discusión en una *impasse*, permanecen latentes y pesan sensiblemente en el accionar de la izquierda francesa cuando ha llegado el momento de pasar de la palabra y la crítica a los hechos. Los grandes campos conflictivos, diseñados esquemáticamente, son: primero, el alcance de las nacionalizaciones y su modalidad operativa respecto a la gestión y financiamiento del sector nacionalizado; segundo, la política social, en lo referente al nivel cualitativo y cuantitativo de las reformas en lo relativo a política salarial general, salario mínimo (SMIC), pensiones y jubilaciones y el grado de acomodo de las cargas sociales respecto a la situación de las pequeñas y medianas industrias; tercero, la política de defensa, que incluye el arma atómica, la estrategia general francesa de disuasión y se conecta naturalmente con problemas claves de política exterior.⁵

La línea general adoptada por el PS en el debate de actualización con el PCF fue la de “moderación responsable”, y resulta importante destacarlo porque constituye un comportamiento guía para la actual formación mayoritaria del nuevo gobierno francés, frente a los permanentes desbordes “por la izquierda” de los planteamientos del PCF.

En lo referente al primer problema, el del alcance de las nacionalizaciones y las modalidades de gestión e indemnización a los antiguos propietarios, el PCF propuso una ampliación de los grupos industriales “nacionalizables” definidos en 1972, además del sector bancario y financiero acordado ese año, ampliación que afectaba a Citröen-Peugeot y a la totalidad de la industria siderúrgica. En el terreno de las indemnizaciones propuso una forma de deuda consolidada con un rendimiento fijo a los antiguos propietarios establecidos de antemano. Sostuvo también la integralidad de la nacionalización, lo que significaba la afectación de los grupos matrices y el conjunto de subsidiarias, no importando el grado de participación —mayoritaria o no— en las mismas, lo que traería aparejada una muy considerable ampliación suplementaria de las nacionalizaciones, especialmente por lo que hace a la participación del sector financiero en múltiples empresas industriales. Además, los comunistas insistieron muy particularmente sobre la importancia de una frase del texto del acuerdo de 1972, según la cual los asalariados de cualquier empresa pueden solicitar la nacionalización de la misma; la importancia de esta insistencia es obvia en la medida en que, a partir de esa cláusula, se podría generar un curso incontrolable en esa dirección. Los socialistas, si bien no re-

⁵ Un análisis del debate de actualización en Pfister, Thierry, “Les raisons d'une controverse”, en *Le Monde. Sélection Hebdomadaire* 1505, 1-7/Septiembre/ 1977 y “La gauche sans unión”, en *Id* 1521, 22-28/Diciembre/1977.



chazaron *a priori* la posibilidad de ampliación del sector nacionalizable, fueron cautos en lo que se refiere a concretar propuestas o a aceptar las de los comunistas. La diferencia sustantiva no radicó fundamentalmente en el monto de las nacionalizaciones sino en el modelo de gestión del sector nacionalizado, terreno en el que el PS privilegia formas que garanticen la racionalización económica y la competitividad a través de una amplia autonomía empresarial, y en la cuestión de las modalidades de indemnización en relación a las cuales los socialistas promueven réditos a los antiguos propietarios en función de la rentabilidad alcanzada por la empresa nacionalizada. Sin duda alguna el debate no se agota en la selección de técnicas de gestión o financieras, sino que pone en juego toda la concepción de la política industrial de la izquierda, y el rol a otorgar al sector nacionalizado. Debate cuyas grandes líneas son centralización estatal o autonomía empresarial y empresas nacionalizadas como promotoras sociales no importa a qué costo o entidades productivas rentables, competitivas y eficientes.

El segundo tema del debate incluyó la necesidad de paliar las grandes desigualdades de ingresos, mayores en Francia que en cualquier otro país occidental, con una política de aumento del salario mínimo y los beneficios sociales. Los socialistas sostuvieron, frente a propuestas comunistas irrealistas y hasta demagógicas, una política del "máximo compatible" con la economía en general y con las posibilidades de las pequeñas y medianas empresas en particular.

El tercer capítulo importante del debate de 1977 fue el dedicado a la defensa nacional, y supuso diferencias de fondo respecto a la estrategia exterior francesa entre el PCF y el PS. El Partido Comunista planteó la línea de la defensa múltiple, "hacia todos los ángulos", con referencia obvia a que la disuasión atómica francesa no debía apuntar solamente hacia la URSS sino también a los EE.UU. El PS sostuvo en lo esencial el dispositivo actual de la fuerza atómica francesa, lo que naturalmente le valió el reproche de "atlantismo" y de "acuer-

do con la política de bloques". Después de interrumpidas las discusiones, en enero de 1978, el PS realizó una importante reunión sobre el tema de la defensa de la que surgió una reafirmación del dispositivo nuclear general acordado en una conferencia mundial o, al menos, en una conferencia de países miembros del "club nuclear".

En el debate de actualización de 1977, y su ruptura abrupta por parte de los comunistas, el PS se fortaleció y el PCF se debilitó, viendo esta tendencia aún más allá de los resultados electorales coyunturales. La responsabilidad y mesura de Mitterrand, el pluralismo activo de la discusión interna socialista, la firmeza en principios y planteamientos centrales, junto con una gran flexibilidad táctica para preservar la posibilidad unitaria, contrastó claramente con la demagogia por momentos chocante de Georges Marchais, su radicalización efectista y provocativa junto a la simplificación a veces grosera de la sociedad francesa y de las condiciones del cambio en ella (Marchais llegó a orillar extremos tales como "pobres contra ricos"), la ambigüedad de sus intenciones, la rigidez interna contra la disidencia y la subordinación de los intereses de la unidad de la izquierda a los del propio Partido Comunista. El malestar creado se reflejó, como indicamos, en las legislativas, y la insistencia en la línea Marchais saldó en las presidenciales de 1981, cuando el PCF tuvo su votación más baja desde la guerra, el 15.4% de los sufragios en el primer turno.

El PS, llegado el momento de la definición de su "vocación mayoritaria" propia, enfrenta nuevamente el dilema planteado en el momento de su constitución: ¿busca la formación de una coalición de centro-izquierda nucleada en torno a él, con alcances hacia centristas moderados y gaullistas independientes, o continúa "anclándose resueltamente en la izquierda" como fue su opción de 1972? Toda la perspectiva de la presidencia Mitterrand se juega en esta alternativa. Las actitudes, los votos y las políticas del PCF siguen siendo importantes y su posible participación en el gobierno, de consecuencias imprevisibles, una cuestión candente.

Las "relaciones peligrosas" II: Giscard-Chirac

El resultado de la elección presidencial de 1981 fue fruto de la estrategia exitosa de Mitterrand, pero también en buena medida incidió en ello la evolución política de lo que constituyó la "mayoría" tradicional de la V República.

En 1974, la muerte de Georges Pompidou y la elección presidencial subsecuente motivaron cambios importantes en el panorama político. Por una parte, ya lo vimos, colocó a Mitterrand en el umbral del poder y este hecho acentuó aún más la polarización derecha-izquierda, consecuencia natu-

ral de los mecanismos institucionales y el esquema político de la V República. Por otra, hizo que el gaullismo "histórico" perdiera una cuota importante de poder al ser derrotado en el primer turno su candidato, Jacques Chaban-Delmas. El elegido de entonces, Valéry Giscard d'Estaing, no podía ocultar su relativa extrañeza respecto del aparato político del general; su propio proyecto, definido como "el cambio en la continuidad", lo situaba ambiguamente respecto de la línea y las tradiciones gaullistas.

Sus primeros tres años de gobierno



Mitterrand en 1946

tendieron a renovar la sociedad y la política francesa y a adecuar la economía a la nueva coyuntura creada por la crisis en una inequívoca dirección de favorecer la concentración industrial y la competitividad internacional en campos de alta tecnología, sin demorarse demasiado en la consideración de los costos sociales.⁶ En la política Giscard nunca ocultó sus deseos de escapar de la rigidez bipolar que constituía, desde su perspectiva, la herencia más pesada del general. Su "eminencia gris" Michel Poniatowski, principal artífice de su éxito de 1974, fue el encargado de abrir el paso hacia la conformación de una nueva mayoría de centro-izquierda basada en un partido giscardiano de cuño liberal. Esto permitiría al presidente una mayor libertad de juego frente a la rigidez del gaullismo y también la superación de la bipolaridad que no solamente entorpecía —a juicio de Giscard— el juego político, sino que desdibujaba lo que eran las "cuatro grandes familias políticas de Francia: el bonapartismo, el liberalismo, el socialismo y el comunismo", encorsetadas y con pocas perspectivas de flexibilidad dentro de los grandes agrupamientos a los que las condenaba la lógica electoral. Este análisis reflejaba la poca comodidad del presidente con sus aliados y también la actitud cada vez menos amistosa del gaullismo hacia su figura y su política.

Se puede advertir una similitud a la vez que una disimetría básica en los proyectos políticos de Mitterrand y Giscard. La primera, en la tendencia, relativamente disimulada en el primero y franca en el segundo, de romper el juego de bloques que necesariamente tensiona hacia los extremos el espectro político, gaullismo y PCF, en los momentos críticos. La segunda radica en el hecho de que, en su apertura hacia el centro, Giscard necesariamente pierde fuerza histórica, legitimidad, al alejarse del origen de su poder, el gaullismo, mientras Mitterrand permanece "anclado", según su propia expresión, en la izquierda sin desdibujar su propuesta histórica. El resultado del movimiento de Giscard era necesariamente el perfilamiento independiente del gaullismo encabezado por Jacques Chirac, su antiguo primer ministro, que se reclama el intérprete histórico del fundador de la V República, tiene arranques "bonapartistas", logra la alcaldía de París y constituye una amenaza constante en el flanco —y a la cual, finalmente, sucumbe Giscard. A partir de 1978, y frente a los imperativos creados por la fuerza de la izquierda, que la intemperancia del PCF no logra debilitar, la política interna y, más aún, su proyecto, se vuelven erráticos: su sueño liberal-centrista teorizado en su libro *Democracia Francesa* no puede implementarse y traducirse en fuerza política concreta porque, jaqueado constantemente por Chirac desde la derecha, no acierta tampoco a desplegarse hacia el centro-izquierda porque es contenido por la fuerza del socialismo mitterrandista en expansión. Y la coyuntura, implacable, le dió la puntilla: si en 1978, meses antes de las legislativas, Raymond Barre logró leves repuntes en el espinoso problema del desempleo, la lógica de la política económica impulsada desde el Elíseo no permitió, frente a las presidenciales de 1981, ni siquiera esos palia-

tivos. El sarcasmo de Mitterrand al primer ministro de Giscard, "usted es el primer millonario de desempleados", resultó a la postre un reflejo adecuado del problema decisivo volcado en el resultado electoral. El desgano, cuando no la negativa franca, del gaullismo de apoyar a Giscard en el segundo turno en la búsqueda de su segundo septenato, ratificó el fracaso de una estrategia política y el reordenamiento posible de todo el juego político francés.

Algunas perspectivas

El problema inmediato, ya resuelto cuando el lector tenga en sus manos este artículo, es la elección de una nueva Asamblea Nacional y la correlación de fuerzas surgida de esta nueva confrontación. Un primer aspecto es si la izquierda logra alcanzar la mayoría parlamentaria. Los sondeos de opinión, pero aún más la lógica política, indican que esto —casi seguramente— ocurrirá. Giscard y Chirac acrecentaron su duelo después de la derrota, y aunque el retiro transitorio del ex-presidente dio al gaullista la posibilidad de formalizar el acuerdo de la antigua mayoría, el recelo y el desconcierto propios de una derrota en el fondo inesperada no posibilitan una reconstitución rápida de una oposición articulada en profundidad frente al candidato triunfante. El problema sustantivo se sitúa en la fuerza relativa que logren los componentes de la unión de izquierda, o dicho de otra forma, en la correlación de fuerzas PS-PCF. Llegados al laborioso acuerdo electoral la pregunta es: ¿emergerá el PS con una fuerza legislativa tal que pueda sacudirse de los condicionantes comunistas o Mitterrand quedará, como lo auguró Giscard, como "rehén" de los votos comunistas? Si el PCF logra una posición de fuerza, el debate acerca de la actualización del programa común adquiere una significación decisiva y las dificultades del gobierno de Mitterrand serán múltiples. Si el presidente logra una mayoría legislativa que no lo ate decisivamente en cuestiones esenciales al voto PCF, la perspectiva aparece mucho más fluida y las posibilidades de acuerdo de los socialistas con otras fuerzas políticas también mucho más viables. Aun así, la actitud y la política del partido de Marchais serán un elemento principalísimo en el desarrollo del futuro inmediato de Francia.

Las dificultades del período de transición están claras para el nuevo presidente. En las vísperas de la elección de 1978 las definió con palabras que mantienen su plena vigencia: "Nuestras dificultades serán aquellas que heredaremos del poder actual: moneda frágil, economía deprimida, fuerte inflación, desocupación elevada, endeudamiento externo masivo. Aún antes de que podamos beneficiarnos con nuestras propias reformas de estructura deberemos tener en

cuenta las consecuencias inherentes a toda reactivación del consumo popular y de las inversiones industriales y sociales. Especialmente los riesgos de un aumento desmedido de las importaciones y de tensiones sobre los precios. Deberemos entonces hacer frente a un período de transición en el que convendrá mostrarse vigilantes. Pero nos beneficiaremos, para asegurar el éxito, de la confianza popular. El aumento inmediato del salario mínimo y de los más bajos de la escala, la mejora de las prestaciones familiares, la rehabilitación de la pensión



Manifestación frente a la sede del P.S. en París

⁶ Un análisis obviamente favorable, pero muy interesante de la política económica de Giscard: Carson-Parker, John, "France Flaunts New Economic Muscle", en *Fortune*, May 4, 1981.



mínima de vejez, la quinta semana de vacaciones pagas, la jubilación a los sesenta años para los hombres y a los cincuenta y cinco para las mujeres, la disminución de los impuestos sobre los bajos ingresos, la creación de trescientos ochenta mil empleos, un plan ambicioso de vivienda social, sin olvidar la indexación del ahorro y una política de aliento a las inversiones, nos valdrán un amplio crédito en la población".⁷ Las primeras medidas tomadas por el gabinete de transición que prepara las legislativas han ido en la dirección anunciada, y su propia constitución refleja el interés de Mitterrand de estructurar una base política amplia que asegure, en primer lugar, la plena representación de las distintas tendencias del PS en el gobierno y la apertura hacia algunos gaullistas e independientes. Las presiones sobre el franco, aunque severas, han sido controladas en una primera instancia y no parece haberse desarrollado un pánico generalizado entre los inversionistas, tanto nacionales como extranjeros, a consecuencia del cambio de poderes. Sin embargo, es demasiado temprano para predecir el comportamiento futuro de estas variables. El resultado de las legislativas, al que nos referimos más arriba, tendrá consecuencias muy significativas en estos aspectos.

Pero, más allá de estas cuestiones, la elección de Mitterrand nos coloca frente a otra de mucha mayor significación: ¿es posible una respuesta distinta a la crisis de la que plan-

tean los neo-conservadores? ¿Hay una alternativa a los Reagan, Thatcher, Seaga, Friedman, a la oleada derechista que hasta las elecciones francesas aparecía como la única opción posible frente al desmoronamiento del mundo keynesiano?

La respuesta del socialismo francés aparece clara y franca: sí. Claude Cheysson, el ministro de Relaciones Exteriores de Mitterrand, en un artículo-programa⁸ escrito cuando aun era miembro de la Comisión Europea de Bruselas, lanza la consigna: "Para el crecimiento económico, un *new deal* planetario". Analizando el fenómeno de gobiernos resignados al aumento vertiginoso de la desocupación y a la caída igualmente pronunciada de la demanda, se interroga acerca de la razón de la ausencia de inversiones productivas en un momento de enorme liquidez financiera. La falta de interés radica para él, precisamente, en la demanda cada vez más débil en los mercados internos de las naciones industrializadas. Frente a esto plantea la opción de producir para los mercados realmente ávidos del Tercer Mundo, pero faltos de los recursos financieros que les permitan realizar esas compras. Recordando el impacto rooseveltiano de los años treinta en las economías deprimidas de los países industrializados, propone la aplicación del mismo remedio pero a escala planetaria, es decir, fomentar la demanda creando los instrumentos financieros que la hagan posible y desarrollando al máximo la nueva división internacional del trabajo en un mecanismo de asociación provechoso para ambas partes. Una reactivación internacional de la demanda a partir de la ayuda a los países del Tercer Mundo tendría efectos inmediatos en la propia demanda interna de los países industrializados y provocaría un crecimiento económico generalizado. La condición para la efectivización de este programa es, según Cheysson, la decidida intervención pública con una política que, alejada de los cánones liberales tan en boga, sea decididamente voluntarista, intervencionista, y aleje el interés egoísta de las transnacionales. Realmente, una posición interesante en vísperas de la reactivación de la Conferencia Norte-Sur prevista para octubre en México.

Las perspectivas de la administración socialista francesa abren un campo promisorio en lo económico y en lo político para Francia, Europa y el Tercer Mundo. Las dificultades, obviamente, son inmensas. Las esperanzas, también.

Junio de 1981

⁷ *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1530, 23/ Février-3/Mars/1978.

⁸ Cheysson, Claude, "Pour la croissance, on 'new deal' planétaire", *Le Monde Sélection Hebdomadaire*, 1696, 30/Avril - 6/Mai/1981.

